

Suplemento de "LA PROTESTA"

Año I

Buenos Aires, Agosto de 1908

N. 4.



El Amor Libre

Voy también á echar mi cuarto á espaldas sobre el asunto, ahora que tanto se discute sobre él. He de advertir antes que yo voy á hablar del amor libre, no del sexualismo libre, como lo vienen haciendo casi todos. Y no hablaré de sensualismo libre por que entiendo que ello es sinónimo de libertinaje, cosa que nada tiene que ver con el anarquismo.

Después de todo, quizás no estén por completo exentos de razón los que dejan á un lado al amor, al tratar la cuestión sexual. Es este un sentimiento muy escaso, que como muchos otros sentimientos, no está al alcance de las narices del vulgo, por cuya razón éste se ríe de él. Aman solo los hombres que marchan á la vanguardia de la evolución humana; los de la retaguardia y los del medio no aman, solo desean, y hay gran distancia entre desear y amar. Es Don Quijote, entiendase bien, quien se desespera por Dulcinea; Sancho no se desespera por ninguna mujer, y Sancho es la personificación de la vulgaridad.

¿Por que Sancho no ama? Sencillemente: porque es incapaz de idealizar.

El amor es un sentimiento de los seres más espirituales, de los capaces de vida interna. Los otros, que por desgracia forman la incontable mayoría, viven una vida impresionista, que está circunscrita á las impresiones que las cosas producen en los sentidos, pero que no pasa de ahí. Cuando ven una mujer bella, merced á la tendencia selectiva que obra en todos, sienten despertarse un deseo sexual, algunas veces mezclado con una inmensa voluptuosidad; pero después en cuanto el objeto del deseo sale de delante de los ojos, todo vuelve á quedar tranquilo.

Los espirituales en cambio no, y es después que sufren más su influencia. La imagen se graba y sigue trabajando adentro hasta que se encarna en el alma y hace girar á su alrededor todo lo que en el ser tiene afinidad con ella. El individuo

la adorna con su sensibilidad y con su imaginación hasta que la idealiza por completo. De aquí viene el desencadenamiento de la pasión, que no es deseo, sino deseo y sentimiento á la vez, una mezcla de platonismo y de sensualismo.

Ahora bien; se sabe ya lo que es el amor; se sabe que éste sentimiento hace que el que lo posee sienta la necesidad de la posesión completa del ser al cual se dirige, por que esto es en cierto modo el testimonio de que él le ama también más que á nadie. No hay, pues, que apresurarse tanto á hacer planes de poligamia, de Poliandria etc. Ciertamente es que el matrimonio obedece a una razón económica, pero cuando él ha llegado á ser factible, prueba que no contradecía demasiado las tendencias de los individuos. De lo contrario hubieran repelido esa razón económica, que no es más que la de la herencia. Hasta, para más esto, se refiere á los hijos.

Ciertamente es que el amor es un sentimiento hoy por hoy muy escaso, como dije más arriba, pero también hay que tener en cuenta que es muy nuevo. Engels dice, que recién en la edad media empezó á manifestarse con los institutos de caballería. Todos saben que ha existido antiguamente, por lo menos en ciertos pueblos, la costumbre de dar la mujer al viajero, la mujer ó la hija. Es este un detalle que prueba la no existencia del amor sexual, y la aseveración de Engels de que es este un sentimiento nuevo.

Por ser nuevo, es hoy patrimonio de pocos, pero no quiere decir que en el porvenir lo sea, pues, hay que tenerlo en cuenta.

No hay que tomar demasiado ojeriza al cristianismo en este punto. Los excesos á que ha llegado, son casi independientes de sus principios, son el resultado de los excesos contrarios de los Romanos y los Griegos de la decadencia. Es un movimiento de reacción contra el abuso que, como todos los movimientos de reacción, se vino al polo opuesto.

El hombre tiende á diferenciarse de los demás animales. Y esta es una tendencia



SUMARIO

- 1 El Amor libre — Máximo Aracemi.
- 2 El hombre tripa — A. Ucar.
- 3 El castigo de una falta — Juan S. Giribaldi.
- 4 La Colmena — Santos Goñi.
- 5 Sonetos — Julio Herrera y Reisig.
- 6 Del Temple — Horacio B. Rossotti.
- 7 Aquellos cantos — Marcos Troment.
- 8 El iluso — Máximo Aracemi.
- 9 Escenas de la miseria — F. Giribaldi.
- 10 Una Loca — Mario Aldao.
- 11 Escorias sociales — Arnaldo G. E.
- 12 Mis amigos — J. Francisco Palermo.

ingénita que pueden comprobar todos. Después de todo, el hombre tiene razón; si se admite que los demás animales son inferiores á nosotros, no es á ellos á quienes debemos tomar por modelo para nuestra vida y nuestras relaciones.

Lo que á mí me parece, es que en una posición económica holgada desaparecerá la vida familiar, entendiéndose por vida familiar la vida en comun. Esta solo tiene una razón económica para su persistencia. Desaparecida esta razón económica, ella ha de desaparecer también.

A medida que en la esfera económica de la vida se marcha hacia la socialización, en el resto se marcha hacia un individualismo cada vez más creciente. La forma de relación entre ambos sexos, que corresponde á una situación económica holgada y que satisface las inclinaciones y tendencias individualistas cada vez más crecientes, no es la familiar ó comunista, si no la individualista. Es decir, que un joven y una joven, se encuentran, se ponen en relación, se aman y se entregan mutuamente. Ella se va á su casa y él á la suya. Luego se visitan periódicamente. Los niños quedan en casa de la madre, y esto no quiere decir que no tengan padre ó que no sepan quien es.

Semejante forma de relaciones es la que puede conservar el sentimiento amoroso por un tiempo indefinido. En la ausencia, la imagen del ser querido trabaja el alma y se encarna en ella. Además, cuando se presentan uno á otro estarán bien arreglados; no como hoy, que después de obtenido el afecto, ni el hombre ni la mujer trabajan más por conservarlo. Además se verán libres de todos esos pequeños detalles de la vida en comun, siempre desagradables y que aun que parecen insignificantes, son suficientes en la mayoría de los casos para determinar la pérdida del afecto.

El amor libre, no el sensualismo libre, no tiene otro obstáculo que el económico. Nos es muy fácil á nosotros los hombres clamar por que se practique en la sociedad actual; pero es porque no estamos

expuestos á quedarnos con cinco ó seis hijos y á tener que mantenerlos. ¡Y cuantos tipos vulgares y faltos de nobleza de alma hay que se jactan de haber seducido á una joven, abandonándola luego con un niño, teniendo que procurarse el sustento de él y el suyo!

Para todo se necesita condiciones. Se muy bien que igual las pueden abandonar estando casados, y que cuando falta la buena voluntad no hay nada que hacerle. Por eso no digo que en la sociedad actual se atengan las mujeres al matrimonio. Este trae más desventajas que ventajas. Lo que digo es que no deben prestar crédito al primero que venga, como muchos dicen por ahí so pretexto de libertad. De mas seguridad que el matrimonio les será el estudio detenido del alma del individuo.

Hay otra cuestión que se ha insinuado entre los anarquistas, y entre otros que no lo son. Ello es que la mujer debe también conquistar al hombre. La cosa, por más absurda que parezca, no tiene nada de extraño; pues los anarquistas se hallan muy propensos á creer que todos los hábitos y costumbres tienen una causa social ó moral. Es lo que sucede en este asunto.

La mujer es un sexo pasivo, no activo. Hasta en el distintivo, en la ausencia de barba, es negativo. De estas condiciones de sexo, se deriva el carácter de las relaciones sexuales. A los que no se conformen con esto, le recomiendo que observen los pájaros, los insectos, y hasta los mamíferos en general. Y hallarán que lejos de conquistar la hembra al macho, ésta se resiste á los ataques de aquel. ¿Quién no ha presenciado las luchas que las mariposas sostienen al respecto?

La mujer seduce, no conquista. Y á los que se compadecen de la joven que ama á un joven y que tiene que constreñirse á adoptar una actitud pasiva, yo les digo que la mujer incapaz de seducir á un hombre es más incapaz para conquistarlo,

Hay todavía otra cuestión: la del pudor. Por no querer aparecer hipócritas, muchos anarquistas se han rebelado hasta contra el pudor, como si tuviera algo que ver el pudor con la hipocresía, ó la franqueza con la desvergüenza. El pudor es el resultado del vestido, y me atrevería á decir que por la mayor ó menor cantidad de pudor que tenga un individuo se puede determinar aproximadamente el peldaño que ocupa en la escala de la evolución humana.

Desde el momento que se acostumbra á tapar con el vestido el cuerpo humano, es muy lógico que se procure no descubrir delante del otro sexo las partes genitales por que tal descubrimiento determinaría una excitación. Ahora, naturalmente, si se acostumbrara á andar desnudos, la cosa no tendría absolutamente ninguna importancia, como no la tiene entre los demás

animales. Pero que estos animales se visitan, y se verá desarrollar en ellos el pudor como se ha desarrollado en el hombre.

Existiendo el vestido, tiene á la fuerza que existir el pudor y es muy conveniente que exista.

En este sentido, yo soy el más acérrimo enemigo de los cafés cantantes y las vistas cinematográficas más ó menos pornográficas, que son un factor importante de corrupción de la juventud. En fuerza de ser incauta, ésta se deja arrastrar por la pendiente que le fascina, y marcha recta hacia una derrota física y mental, por que después, con la debilidad orgánica se debilita la voluntad y se hace imposible una reacción saludable.

MÁXIMO ARACEMI.



El hombre tripa

Continuación de filósofos y filosóficos —(1)

No os hablo de la sanguijuela, del *orin-do anélido* de los zoólogos, por que entonces os hablaría del burgues. Os hablo del hombre imaginado, del que tiene su cabeza y pies dentro del tubo gástrico. Del hombre tripa.

Del que todo lo mira bajo el nombre de *facere la America*. De la majada no rumiante, por que no piensa en comer lo tenido sino en guardar lo que no puede tener. De esos silvados á la voz del pastor y amontonados en el primer corral donde se les hable de ganar 4 \$ y trabajar 8 horas. De esos que sino de 8 horas y 4 \$ quiren comprar boletos para la chocolateria celestial ó tener un *posto* auu que sea de barrendero cuando su politico llegue á las alturas.

De todo pues, lo que podeis llamar potaldas del pasado y rebaño del presente, de de ellos voy á ocuparme. Pensad amigos míos que á los vientres directores vá esta carga, porque ellos entienden más y los otros no saben nada. Y que su majaderia es llevarlas así, como piara mística, por aquello de tu no pienses ni menos dudas, pues que Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabran responder.....

Habeis andado con caballos; sí...Habeis observado la diferencia de fuerzas entre él y el ginete; Claro...¿Porqué no se rebela éste contra las espuelas y el látigo? Por bruto... ¿Adelantareis algo por su independencia con enseñarle hacer morisquetas en un circo; adererarlo y darle mejor pasto, etc? ¿Sacudirá su yugo por esto? Nó; siempre es bruto... ¿Qué podemos hacer para que no siga siéndolo? Hacerlo hombre... Pero al caballo es imposible. En cambio el que aún siendo caballo en pensar; tiene la figura de hombre, puede llegar á serlo completo?

Esto es pues, lo que queremos hacer de esa majada antropomorfa.

Hombres; y no caballos brutos como

majada. Para éstos vá mi artículo, pues; dejarlos como están, sin instrucción ni conciencia de su estado, es sostenerlos siempre en su cualidad de majada, á pesar de sus dudas en el infierno ó en la chocolateria celestial, en las proclamas de los derechos del hombre, ni en igualdad ante la ley, ni en sus 8 horas, ni de sus 4 \$ etc. Apesar de todo, siempre permanecerá bruto porque tiene educado el lomo y no la cabeza, porque no sabra más que ensillarse y recibir espuela cargando sobre sus espaldas su vientre director; esto es el de su patrón, pontífice ó autoridad.

—
Somos discípulos del pasado y enseñadores del Futuro...Nuestros conocimientos presentes recorren en el ciclo del porvenir. Y todo lo adquirido nos enseña á ser hombres y determinar nuestro fisiologismo. No hay otra posible adquisición en la Naturaleza, puesto que todo lo hacemos por egoismo y lo aplicamos á nuestro mejor estar. Cambiar de mira, es dar con las narices en el pesebre y cargar con un vientre director.

Si vuestra fuerza de *solo*, es impotente, necesitais aliados que os hagan ayudar; pero si éste no os entiende, estareis en la torre de Babel y *solo* lo que podeis crear es un enemigo. De aquí que te conviene hacerte entender para combinar tus esfuerzos y hacer tu obra propuesta. Por tanto, habilita su cabeza, y despues si lo hallas lógico, prestará su lomo. Lo que quiere decir; hacedlo hombre para que ningún vientre lo monte, y tu tendrás un compañero de causa. Esto es, si tus propósitos y tu interés te aconseja tratar con hombres no con majada.

Pero, si os proponeis haceros pastor, haceos el «único», acorralad vuestra majada y háblales de los 4 \$ y de las 8 horas; y hablad confeccionado el hombre tripa. Además tened presente, que vuestra hechura envaginada no dará otro que el aspirador á *hacerse* la América, equivalente á bestia de carga sobre cuyo lomo presionará pépetuo: su vientre director. De aquí no lo sacareis jamás.

Pero me direis, que desdigo ahora lo que afirmé en mi artículo «filósofos y filosóficos». Y yo os digo, que no habeis entendido.

He hablado pues, del burgues que goza y manda. Del «único» entre la majada, aprovechador de sus productos y por tanto asegurador de los placeres de su «santa panza». He hablado de filósofos y filosóficos que escribieron biblias, que dictaron leyes y que argumentaron metafísica para soláz de su vientre y por tal aprovechadores de los productos de la majada.

—
Sí, el fisiologismo del buen comer y del mejor descansaros dá buena sangre: ello no se consigue permaneciendo majada.

Si, el hombre para ser hombre y no macho, necesita conocerse y determinarse, necesario le es ser la antítesis de la bestia. Si no quereis ser metafisco, sed deductivos de vuestro fisiologismo, á inductivo de vuestras determinantes; y así sereis hombre que llenareis vuestra tripa sin meteros dentro de ella, como lo hariais en vuestra calidad de bestia.

Si vuestro espíritu viste gafas negras cuando se interrumpe vuestra digestión, contad con que habeis desatendido vuestro fisiologismo y asi obrado contra él, por haberos invaginado. Así no os estrañe que la mala hematosis os vista de luto de cerebro y haga de vuestro lomo la compensación de su carente ritmo fisiológico. Si el querer ser, no basta cuando no se sabe querer ser; es claro, que para ser hombres necesitamos saberlo ser, y el saberlo ser, está en la cabeza y nó en los lomos; puesto que de esto mucho tienen los burros, y de aquello muy poco tienen muchos que se llaman hombres.

No se nace sabiendo, sino aprendiendo, de donde necesitamos aprender lo que otros saben, puesto que nuestro solo saber nos conduce á no saber nada.

No es más honroso ser maestro que discípulo porque todos los maestros se avergonzarian si se les tomasen por *sabelo-todo*, y se sienten vanagloriados en saber más, esto es: en ser discípulos.

No necesitamos profesores; es igual á decir: no necesitamos ser hombres, sino de palafreneros que nos albarden.

No queremos que habeis más que de vuestras tripas, como quién dijera de vuestro pesebre y de vuestra montura. Los caballos se sienten ufanos cuando se les hierra de nuevo y se les enjaeza el lomo. Así la majada se refocilga cuando se les habla de los 4 \$ y se les dice de que son hombres. Sin entender ni jota lo que esto quiere decir.

Rechazar las verdades de quién las diga, por temor á espantar la majada, es equivalente á dejarlas devorar por la ignorancia temiendo se pierda alguna bestia al espantar el lobo de la imbecilidad. Lo mismo hacen los padrillos de las fábricas de brutos, que temen lleguen á pensar sus carneros místicos; porque entonces estarán demás sus pastores.

Piensen en el pienso, pero no piensen en pensar, porque el pensar es pecado; es decir: se aviene mal con la albarda. Pero he aquí que con frecuencia el pienso no llega, y solo es permitido pensar en él, para que el lomo supla lo que al cerebro falta y la invaginación sea completa. Esta es con pocas variantes la moral de las soberanas panzas, pacientes de ser cargadas por los lomos de los burros.

Vuestro horror al espanto de la majada, es filosófico; ó lo haceis de ignorantes fanáticos, ó de pillos consumados. Creo lo último, mientras haya bestias que os produzcan, os conviene usar el freno y la manea, porque asi usareis sepiternamente del látigo y de la espuela, sin que se os trastornen vuestros movimientos periosalticos haciendo metafísica con vuestro vientre.

—
Hacer fisiología, no es lo mismo que hacer psicología.

Para la primera es necesario conocer la posición, y para la segunda, basta deducir de la función sus fenómenos neuro-cerebrales. La expresión pensante, es psicologismo, y el mecanismo por el que se piensa es fisiología; esta dá la medida y valor de aquella, pero en el hombre el sa-

ber pensar, equivale por su intrínseca naturaleza egoísta hacer fisiología. De aquí su primera necesidad de pensador para acapararse los medios de su mejor fisiologismo.

Las bestias que no piensan en su egoísmo, hacen con el loro o el fisiologismo de su vivir, al reatarse en la esclavitud de su vientre director. Esto le pasa á la majada humana.

El que teme á la verdad teme á la vida, por que esta es incompatible sin las condiciones de aquella. La mentira puede subsistir, cuando ésta nace á espensas de la verdad por egoísmo de la vida, pero nunca como la realidad de la vida misma, que exige las compensaciones de relación en su función práctica. De aquí que no amoldada á estas compensaciones de relatividad, llegue á descubrirse por esta vía: mientras tanto ha resultado el inmenso dormir del progreso, como el fruto genuino de las religiones, de los códigos, de las morales y de las filosofías metafísicas. Todas mentiras.....

Si no os basta el inmenso letargo de los siglos para haber dormido; "haced metafísica" halagando el lomo del hombre tripa y barriendo de su cabeza otra idea que ha de invaginarse. Ello es la táctica de todos los embrutecedores de la vida. De los malos pastores, envenenadores de fuentes y sepiternos soñadores en la carga de su santa panza.

Si teméis pues que la anarquía espante vuestros corderos, ponedles gafas verdes, para que se figuren hallar pasto en todas las peñas, pero temed la conciencia de su engaño cuando sus dientes aprisquen la roca. Ello os dirá de lo que son capaces cuando os conozcan.

A. UCAR.

(1)—Véase el número 3 de este suplemento—pág. 60.

—A este artículo publicado, seguirán otros mélico-filosóficos-positivistas de la misma índole.

El castigo de una falta

La región minera de Bakú estaba agitada. La huelga era general y los huelguistas, presos de la mayor indignación contra las bárbaras medidas de las autoridades estaban excitadísimos y dispuestos á la lucha intensa, habiendo ya llevado á cabo actos de verdadero arrojo. Numerosas sotonias de cosacos recorrían la región con el propósito de *poner orden*, pero no podían impedir el incendio de varias minas. En las noches tristes, la oscuridad y el silencio eran completos, y sólo de cuando en cuando desaparecían momentáneamente las densas tinieblas, por el elevarse repentino de las inmensas llamaradas de los incendios, ó bien oíase un disparo seguido de ayes. Era algún huelguista que oculto detrás de un montón de carbón había ajusticiado algún cosaco, ó sino algunos de éstos que sorprendieron al atrevido huelguista que se aventuraba cerca de los pozos.

La vida de los obreros estaba á merced del jefe de la sotonia. Los huelguistas habían rechazado un aumento de salario y ciertas facilidades para extraer los mirialitros de nafta. No había arreglo por ese lado. Querían la derogación del bando imperialista que llamaba á los reservistas para enviarlos á morir á la Mandchuria, querían la liberación de los presos reservistas, próximos á embarcarlos al teatro de la guerra, y por último exigían el inmediato retiro de las sotonias de cosacos y el castigo de su jefe por los actos de salvajismo llevados á cabo contra los rebeldes. Y como en esos puntos el gobierno no accedía, la agitación iba de grado en grado en aumento. Todo era actividad, y á pesar de los grandes actos llevados á cabo, ningún huelguista había sido preso por tales motivos.

Uno de los principales pozos de propiedad fiscal, aun no había sido destruido, á pesar de los vivos deseos de los rebeldes, tal vez por ser propietario, el causante de la gran huelga: el gobierno.

Varios huelguistas que se habían acercado á él, ó bien fueron muertos, sorprendidos por los cosacos, ó bien tuvieron que huir para no ser apresados.

Pasados algunos días, la vigilancia se descuidó un tanto por ese lado, creyendo que las lecciones dadas á los huelguistas, habrían entibiado su ansia de incendiar el pozo fiscal.

Y ese descuidar de la vigilancia reavivó el ansia de destruir «el Backón» que así se llamaba la mina fiscal, en dos amigos, mejor dicho, en uno pero que en la imposibilidad de hacerlo solo, lo comunicó á otro, siendo inmediatamente aceptado.

Esa misma noche Mikael, iniciador del atentado, fuese á casa de Tarboff para acordar la manera de confeccionar y luego colocar la bomba petrolera que debía comunicar el fuego purificador al antro del Backón.

Avezados á la construcción de esos proyectiles, pronto la tuvieron lista, ayudados por la compañera de Tarboff, que aun cuando le agradasen poco esos quehaceres, esa noche se prestó á ser ayuda de los revolucionarios.

Tomando las mayores precauciones, arrastrándose á veces, escurriéndose entre los montones de carbón y piedras, y favorecidos grandemente por la oscuridad de la noche, consiguieron llegar á la boca de la mina. Se ató una fuerte cuerda, al inmóvil ascensor y Tarboff más ágil que Mikael, descendió unos treinta metros. Tomó de su cintura un pequeño corta-fierro, hizo un agujero en la pared del pozo y colocó la bomba, disimuló la abertura del mejor modo posible y subió á la superficie. Ya estaba hecho. Solo faltaba esperar algun tiempo, tal vez un día para que se produjera la explosión, seguida del incendio.

Con las anteriores medidas de precaución regresaron á casa de Tarboff, donde comentaron lo hecho y discurrieron sobre lo que aun quedaba por hacer.

.....
—¿Que tienes Tarboff, que estás tan preocupado y triste—preguntóle Mikael cinco días despues de lo que habían hecho los dos amigos—¿es porque falló la intención de incendiar «el Backón»?

—No amigo no es eso solo, por más que lo lamento. Porque es lástima que no haya dado el resultado que esperábamos de nuestro riesgo, y además, porque la policía se incautó de la bomba.

—A propósito ¿Sabes que hay un premio de dos mil rublos para quien descubra á los que la colocaron?

—Lo sé, lo sé—contestó suspirando Tarboff—y ojalá lo ignorara.

—¿Que lo ignoraras tu? y ¿porqué? ¿Acaso te tientan los dos mil rublos? preguntó Mikael sonriendo.

—Nada de eso, es que tal vez otros tampoco lo sabrían y nosotros estaríamos más tranquilos.

—¡Bah! amigo Tarboff, riete y no temas. Eso quedará en el misterio por los siglos de los siglos.

—¡Si así fuese! y no es que tenga ningún temor. Allá fui con riesgo del pellejo y lo salvé. Que me lo agujereen ahora poco dá. En fin, amigo mio, separémosnos y estemos dispuestos á todo. Y los dos rebeldes, antes tan alegres y animosos, se separaron tristes y abatidos, cual si presintieran algo desgraciado.

Mikael cuya tristeza era hija del decaimiento de ánimo de su querido amigo Tarboff, pronto recuperó su habitual alegría, no así este último, cuyos motivos de pesar eran más que fundados.

Su compañera, á quien él imprudentemente había puesto en el secreto de actos tan atrevidos como los de la bomba, antes de hacer de ella una mujer capaz de acompañarlo en todos los percances aún los más difíciles de la vida, á quien no había inculcado esas ideas, que hacen soportar casi con gusto, hambres y persecuciones, y que ni aún siquiera le había explicado el porqué de esa gran huelga y el beneficio que de ella esperaban triunfando, á quien hasta á veces le ocultaba folletos y periódicos revolucionarios, negándole en ocasiones explicaciones sobre tal ó cual punto de la cuestión social, lo martirizaba. ¡Ah! como estaba arrepentido de su error al no instruirla, él que donde quiera que fuese peroraba, daba luces, instruía.

Al comienzo de la huelga tuvieron las primeras diferencias por el temor de ella, de pasar necesidades; despues, viéndolo salir de noche, y oír los disparos, saber de los que caían en las emboscadas, temió que á él pudiera sucederle otro tanto y verse obligada á trabajar para comer, cosa que ahora lo hacía el

hombre. Y es que no le quería; le estimaba porque le daba pan. El amor intenso no existía. Más tarde temió que lo apresaran y le pidió que no saliera, que otros harían lo que fuese preciso hacer. El trataba de disuadirla; ella se entercaba y llegaba á echarle en cara la miseria y terminaba:

—Tú, y solo tú eres el culpable y si no desistes, te irá mal. Vino luego lo de la bomba, que ella ayudó á confeccionar, quizás con un plan preconcebido, y dos días antes de su encuentro con Mikael, tras de una discusión violenta por parte de ella Magda llegó á decirle que si no iba al trabajo é inducía á ello á sus compañeros, ella lo denunciaba, como autor de la colocación de la bomba junto con su amigo Mikael y agregaba con cinismo.

—De todos modos, aunque vayas por toda la eternidad á la Siberia, poco pierdo. Cobro los dos mil rublos de la prima ofrecida, y al menos por un poco de tiempo no pasaré hambre como ahora.

Y esas terribles palabras pronunciadas por su compañera, su Magda querida, lo aplastaron, le hicieron conocer lo perverso de su alma, y el egoísmo criminal que la poseía.

Y el revolucionario, el terrorista temía, temía no tanto por él, sino por su pobre compañero y temía más porque la creía muy capaz de esa acción.

¡Y ser obra de ella, de la mujer que tanto había amado! ¡siquiera fuese un extraño!

Trató entonces en vano convencerla que había que luchar, que sacrificarse algo por la causa; esto la enfurecía más y la afirmaba en su proyecto: denunciarlos y cobrar la prima.

A todo esto, la huelga decaía; otros más acertados que Mikael y Tarboff, habían logrado el incendio de importantes pozos y grandes depósitos de nafta y el gobierno en vista del gran daño recibido y en la imposibilidad de sofocar el movimiento y de arrasrar á la guerra á los rebeldes reservistas, se decía que iba á dar por nulo el bando, origen de la revuelta. Estos rumores traían más alegría, más tranquilidad y en algunos pozos ya se trabajaba.

Nuestros dos amigos, satisfechos por

el giro que tomaban los acontecimientos regresaban del brazo á sus casas, riendo de sus pasados temores, á dar la buena nueva á sus compañeras.

—¡Que sorpresa para Magda! decía alborozado Tarboff. Ya te contaré, ya te contaré un percance, pero más tarde, más tarde, agregaba el rebelde.

De pronto, y al dar vuelta una esquina, y antes que pudieran defenderse, cuatro robustos cosacos, los detuvieron, los amarraron y así en esa forma los condujeron al primer puesto de policía.

A Tarboff le saltaron las lágrimas, y dirigiéndose á su amigo le dijo: Es Magda, nos ha vendido....

Dos días despues, las minas que escaparon del incendio, seguían trabajando y dos únicos rebeldes, iban camino de la Siberia.

JUAN S. GIRIBALDI.



La Colmena

Cuando dentro de alguna década más ó menos futura algún entretenido en sus momentos de ocio llegue á reflexionar sobre las actuales viviendas de los trabajadores, su magin dudará al respecto, pues se le hará imposible comprender que entre humanos se dicten leyes y ordenanzas que aseguren grandes, higiénicas y obligatorias casas para los animales y se se dejan consumir por la miseria á los proletarios en pocilgas inmundas, estrechas y no siempre seguras.

De esto dá una evidente prueba la multiplicidad de asilos y hospitales, cada día más incapaces de satisfacer las necesidades proletarias.

En una de esas casas que el actual industrialismo amontona cientos de cuerpos humanos con la misma indiferencia con que estiba miles de bolsas, aún prestando menor atención, pues no peligran sus intereses de un modo tan inmediato, se desarrolló el drama que si el lector leyese condenará conmigo.

En una limpia y aristocrática calle del

norte, lugar predilecto de las régias mansiones burguesas, entre lujosas portadas que ostentan lucientes chapas de bronce que revelan al transeunte indiferente la cantidad de títulos de sus moradores, levántase súcio y mal oliente un grande caserón.

Como todos los de su género, el caserón de que me ocupo tiene un nombre, por cierto muy apropiado, se le llama «La Colmena».

Para que nada falte, los inventores explotadores de las colmenas artificiales, agregaron á ellas sus correspondientes zánganos: por mal nombre «los encargados».

En un detalle, empero, diferencian de los verdaderos ó naturales; en estas las trabajadoras no acaban de violentarse con la vida de los zánganos.

Es una lástima, pero es así, en las colmenas proletarias abundan abitos los zánganos.

En este conventillo—lo llamaremos por su nombre más vulgar, vivían en centenar de hacinadas familias, un matrimonio calabrés, en compañía de cinco hijos.

Para restaurar energías y solazarse en la intimidad disponfa en «La Colmena» esta familia de siete miembros, de un local de cuatro metros cuadrados, que descontando el espacio ocupado por los muebles se reduce á dos pasillos en forma de cruz y de pocos centímetros de ancho.

Y no creáis que exagero; exegeraría si dijera que no disfrutaban de otras comodidades, tales como ser: cuartos de baño, que disponen de uno, aunque ellos sean quinientos; cocinas, que cada inquilino dispone de la suya, aunque más se parezcan á casillas de perro que á lugar destinado á condimentar los alimentos; ó luz, que no conocen otra que la que dá la sombra de día ó mal fuego de noche.

Pero todo esto no es verdad más que para el que lo que vive; para los demás es cuento; no lo creáis.

Entre los amigos del matrimonio se cuenta á don Donato, viejo zapatero que clavetea botines desde hace cincuenta

años apenas tiene sesenta, y conste para su descargo, que nunca calzó mayor botín que el que di un mal becerro.

Don Donato es, además, árbitro irrecusable de todas las internas discusiones que se suscitan en «La Colmena».

También es de los circunstantes á las tertulias del Caporal—con este mote se conoce al jefe de la familia calabresa—D. Agapito, mecánico de reconocida competencia é inventor de unos inútiles hornitos que construye con viejas latas y que los profanos adquieren á bajo precio.

Con otros más que inútil es el mencionarlos y fácil el imaginarlo, queda compuesto el poder democrático de la casa.

Ahora bien no ha mucho tiempo, circuló con tensiones epilécticas por los moradores de «La Colmena» una noticia que rotularon la salvadora.

Se trataba de equilibrar los decaídos intereses y para ello no se pagaría en adelante más que aquel alquiler que conceptuasen justo; y para no dejar lugar á dudas, al siguiente día vendría un delegado del comité central, formado expresamente para agitar y defender el movimiento, con objeto de recoger las adhesiones y al mismo tiempo á levantar los desmoralizados ánimos.

Vino el siguiente día y también el delegado.

Habló y dijo:

Vengo á prestar mi concurso obedeciendo á una causa que creo justa y que á usted atañe directamente. No se debe pagar alquiler, porque la lógica nos dice que el que usufructa la propiedad, que no precise para él, roba!

Por lo tanto nada de rebajas; la apropiación es la única definición á que debemos aspirar.

La forma para su estabilidad no admite discusión; sí ó nó.

Disponéos, pues, para la lucha que no se hará esperar.

Y así fué. La lucha vino y con ella todas las tropelías que la maldad de los

que mandan y la ignorancia de los que obedecen, pusieron en práctica.

Como no se transigiera llegó el momento del desalojo.

Acudieron para ello á «La Colmena» una inconsciente y abrumadora fuerza: el jefe de policía; un comisario y dos oficiales; un piquete de vigilantes y medio cuerpo de bomberos, munido de sus grandes carros y de gruesas mangueras, para dado el caso de caldearse los ánimos apagar con fuertes duchas los bríos revolucionarios.

Ante todo aquel aparato de fuerza, los ánimos decayeron y los muebles empezaron á salir de las piezas sin la más mínima protesta.

Se empezó por la pieza ocupada por mi amigo el zapatero, que como eterno peregrino, afectábale en poco la brusca pérdida del hogar y acombañaba con viejo acordeón la silbatina que los sucios gamines prodigaban á los serios y ridiculos representantes de la autoridad.

Siguieron después una veintena de familias en la misma suerte, mientras la batahola de los chiquillos aumentaba.

Llegaron por último á la pieza del viejo Caporal. En la puerta con una molena flotante, con ojos que revelaban claramente todas las convulsiones de que se hallaba poseído su espíritu; como encarnando la silueta de un bravo león atacado en su guarida, encontrábase uno de los hijos del Caporal.

Y era que quería conocer plenamente á los que se abrogaban el derecho de arrancarlo del mísero lugar en que naciera; de los que venían sin más razón que la fuerza, á romper con todas las ilusiones concebidas en aquel espacio que limitaban cuatro sucias y bajas paredes.

Cuando pretendieron entrar él impidióselo. Los chiquillos entusiasmados por la energía de su amigo, arreciaron en los gritos.

Uno de los agentes lo tomó del brazo izquierdo y trató de arrancarlo á viva fuerza.

Ya en este estado fuera de sí, al ver

que no valían razones, sacó un revolver é hizo fuego; el que fué contestado con buen resultado para sus contrarios, pues cayó mortalmente herido de un balazo en pleno pecho.

Así se cumplieron las profecías del orador.

No hay más derecho que el que dá la fuerza.

Las conquistas no se consiguen pidiendo sinó tomando.

Los hermanos del muerto dicen que no pedirán, hasta tanto no cuenten con fuerzas para acompañar á la idea el hecho.

Prepararse, pues.

SANTOS GOÑI.



Sonetos

(INEDITOS)

El secreto

Se adoran. Timo atiende solícita al gobierno
de su casuca blanca. Bién á sus pocas reses,
Y bajo la tutela del día sin revases
Su amor retoza y medra como un cabrito
[tierno.

Con casta dicha, Timo en el claustro materno
Siente latir un nuevo corazón de seis meses
Y sueña en sus oscuros arrobos montañeses
Que la penetra un rayo del dinamismo eterno

Ante el amante, presa de ardores purpurinos,
Se turba y el secreto tiembla en sus labios
[rojos;
Huye, torna, sonríe se oculta entre los pinos.

Bién calla, pero apenas descifra sus sonrojos
La estrecha y en un beso pone el alma en sus
[ojos
Donde latén los últimos ópalos vespertinos.

El baño

Entre sauces que velan una anciana casuca
Donde se desvistieran devorando la risa
Hacia el lago Salóe, Sapho y Céres, de prisa
Se adelantan en medio de la tarde caduca.

Atreve un pie Foloe, bautízase la nuca,
Y ante el espejo de ámbar arróbase indecisa;
Meneando el talle Sapho, respinga su camisa
Y corre mientras Céres gatea y se acurruca.

Después de agrías posturas y desperezos
[felinos
Gimiendo un ¡ay! glorioso se arrojan á las
[ondas
Que crispnsae con lúbricos espamos mas-
[culinos....

Mientras ante el misterio de sus gracias
[redondas
Loth, Phebo y David, púdicos un tanto
(como ladinos
Las contemplan y pálidos huyen entre
[frondas.

El génio de los campos

Por donde humea el último arado en los
[cultivos,
Agrías interjecciones el eco desentona;
De tarde en tarde, el ámbito trasunta en
[la bordona
La égloga que sueñan los campos subjetivos.

Alamos oxidados y sauces compasivos
Aldeanos con cestas de fruta. Una amazona;
El silencio en la inerte Cartuja congestiona
De mística Edad Media los panoramas vivos.

Insinúase un vaho de fresales maduros
Con sabrosas resitas y violentos sulfuros...
Bajo el vetusto puente clásica liufa corre

Holgándose entre vegas de ópalo y de rasó
Mientras, muezin sonámbulo, la esquila de
[la torre
Traspasa de ultratumba y de Dios el ocaso?

El espejo

Se hunde en una sorda crisis meditabundo...
El ocaso suaviza los últimos enojos
Y Neith enjuga el oro líquido de sus ojos
Tristé como su hermana la tarde muribun-
[da. . .

Conspira en acres vahos la insinuación fe-
[cunda
De la naturaleza, por siembras rastrosos;
Y ellos que ora se brindan flores en vez de
[abrojos
Suman entrelazados en una unidad pro-
[funda.

Larga, idealmente, como un sacro beleño,
Bién la apura de un beso hasta el fondo del
[sueño....
Por no verla, en procura de un instante de
[calma,

Cierra luego los ojos declinando en el hom-
[bro
La armoniosa cabeza, y ¡oh! dulcísimo
[asombro
Como en un claro espejo la contempla en el
[alma!

JULIO HERERA Y REISSIG.

Montevideo.



CIGARRILLOS

“**DIVA**”

HABANO de 20 cts.

Por 100 figuritas de las que contiene cada paquetito regalamos 1/2 doc. de esplendidos retratos en targetas postales de la persona que las presente. Este regalo es á más de los muchos premios que están en exhibición en nuestra exposición de calle **Alsina 1241/48** y que **RECIBIMOS DIRECTAMENTE** de **EUROPA** - No se olviden de visitarla.

CIGARRILLOS

BARRILETE

á 10 cts. todavía . . .

A PROVECHEN . . .

Siempre son y serán los únicos elaboradas, con tabaco **HABANO y BAHIA**-aceptando cualquier desafío la que pruebe lo contrario. Observen también que el cigarrillo **BARRILETE** es el de mayor venta en la República.

RODRIGUEZ y D'AMICO

ALSINA 1241-43 Buenos Aires

No olviden que el Cigarrillo

Siempre llevan premios de gran VALOR

VENUS de 10 cts

NUESTRAS PUBLICACIONES

El Despertar

Oficina: AZARA 1369

Subscripción:

Número suelto \$ 0.10—Mensual en toda
la República \$ 0.20—Trimestral \$ 0.60

Germen

REVISTA MENSUAL

Oficina: LIBERTAD 358, Depart. 5º.

Número suelto \$ 0.15

Luz al Soldado

Periódico antimilitarista

Oficina: CALLE SUPERI 1372

Subscripción voluntaria

Tierra

Periódico

Junin y Chacabuco F. C. P.

La Mentira

Revista semanal

Oficina: CALIFORNIA 1360

Subscripción

Trimestre \$ 1.20—Número suelto \$ 0.10
Atrasado \$ 0.15—Exterior: convencional

Material Literario y Artístico Inédito

L' Agitatore

Periódico Anarchico individualista

Oficinas provisorias: LIBERTAD 837

Si publica per sottoscrizioni voluntaria

Luz y Vida

Periódico

373—CALLE OLAVARRIA—363

Via Libre

Periódico

1435—INDEPENDENCIA—1435
ROSARIO

Germinal

Periódico

SAN PEDRO (F. C. R.)

Pensamiento Nuevo

Periódico

MENDOZA

La Lucha

Periódico

TUCUMAN

El Proletario

Periódico

RODRIGUEZ PEÑA 25

CORDOBA

BIBLIOTECA CONTENPORANEA

Acaba de publicarse la obra
LOS PRIMIGIVOS

por ELIAS RECLUS—Dos tomos
Obras publicadas á 0.70 el tomo

- Jesucristo nunca ha existido (3ª edición) Bossi
- El siglo hipócrita (2ª edición) Man egazza
- Filosofía del Amor id.
- La Rusia Terrorista (2ª edición) Stepniak
- El Origen del Hombre. Haeckel
- Un viaje á la india id.
- La Aurora del Siglo Büchner
- Lugar del Hombre en la Naturaleza (2 tomos) id.
- Las Pasiones Humanas. Letourneau
- Apología de un incrédulo. Viardot
- El Gran Crimen Tolstoy
- Alma Social. Gomila
- Erótika Biblión. La Pornografía en la Biblia Mirabeau
- Via Libre. Lorenzo
- La Religión al alcance de todos Ibarreta
- La Existencia de Dios. Beraud
- Los Héroe (2 tomos) Carlyle
- Ciencia y Moral Borthelot
- La Ciencia Social. Spéncer
- Precios, Salarios y Ganancias. Marx
- La Mujer Bebel
- Parlamentarismo y Socialismo. Kautsky
- La Crisis Religiosa. Négri
- La Moral Religiosa. Voltaire
- ¿Descendemos del mono? Denoy
- Sistema de la Naturaleza (2 tom) Barón Holbach
- El Fundamento de la Moral. Schopenháuser
- El Anticristo. Nietzsche
- Los Parásitos de la Sociedad. (Vandervelde y Massart)
- El Miticismo Moderno. Troilo
- Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes. Witte
- Memorias de un revolucionario (2 tomos) Kropotkine
- La Muerte y el Diablo (2 tomos) P. Gener
- Conservación y Revolución. Littré
- Enfermedades del sentimiento religioso. Murisier
- Las Leyes naturales. Boutroux
- La Biblia en la India (2 tomos) Jacobo
- La emancipación de la Mujer Nov cow
- El Filibusterismo (2 tomos). Rizal

BIBLIOTECA POPULAR

Los pequeños grandes libros

TÍTULOS PUBLICADOS

- Un siglo de espera. El Gobierno revolucionario P. Krop. \$ 0.20
- El Porvenir de nuestros hijos. E. Reclus > 0.20
- El Patriotismo. M. Bak. > 0.20
- Antes del momento. C Malato > 0.20
- La ley de los salarios. J Guesde > 0.20
- Demasiadas leyes H Spenc. > 0.40
- Educación burguesa y educación libertaria. J Grave > 0.20
- Los dolores del mundo A Schoh. > 0.20
- Lo que yo pienso de la guerra (¡Despertad!) L Telstoy > 0.40
- La Anarquía E Malat. > 0.20
- El liberalismo clerical. E Renán > 0.20
- La Commune L Michel > 0.40
- Los tiempos nuevos P Krop. > 0.40
- Socialismo utópico y socialismo científico F Engels > 0.20
- El árbol del bien y del mal. La idea de Justicia. E Littré > 0.40
- Las facultades mentales en el hombre y en los anim. C Darwin > 0.40
- Estudios críticos. E Zola > 0.40
- Un viaje por los cielos C Flamm. > 0.40
- El derecho á la pereza. P Lafarg. > 0.40
- El porvenir de la raza blanca (2 tomos) J Novicow > 0.80
- El socialismo agrícola E Vander. > 0.20
- La disciplina de la experiencia S Smiles > 0.20
- Maravillas de la vida. E Haeckel > 0.40
- Entre campesinos E Malates > 0.20
- Crítica contemporánea M Nordan > 0.20
- Socialización de la Sociedad. A Bebel > 0.40
- El amor libre (2 tomos). C. Albert > 0.80
- Nuevas Orientaciones. L. Tolstoy > 0.40
- El concepto de la Historia (J Sauré y (P Lafarg. > 0.40
- Psicología de la revolución . Prudhón > 0.40
- El Estado. P Krop. > 0.40
- La Justicia. Mactertlin > 0.40
- Op. (Para todos y para nadie) Nietzsche > 0.40
- La revolución intelectual P Sala > 0.40
- La moral anarquista P Krop. > 0.20
- La anarquía ante los tribunales . P Gori > 0.20
- En el Café. E Malates > 0.20
- La Sociedad de porvenir J Grave > 0.40
- En preparación de los eminentes pensadores del globo.

BIBLIOTECA DE SOCIOLOGIA — (Filosofía, Antropología, Historia, Política, Moral)

A 0.40 CENTAVOS EL TOMO

Bokounine: Federalismo y Socialismo. — Kant: Por la paz perpétua. — Alfieri: La tiranía — Beccaria: Del delito y de la pena — Rousseau: El contrato social — Malato: El hombre nuevo — La Boetie: La esclavitud voluntaria — Lamennais: Sobre el pasado y el porvenir del pueblo — Spencer: Instituciones domésticas — Voltaire: Sobre la tolerancia — Draper: Conflictos entre la Religión y la Ciencia — Lamennais: El libro del pueblo — Tarde: Las leyes sociales — Rousseau: La desigualdad entre los hombres — Starkenburg: Miscria sexual de nuestro tiempo — La Iglesia: Tolstoismo y Anarquismo.

BIBLIOTECA DE ENSEÑANZA POPULAR

Constituyen esta Biblioteca manuales de unas 200 páginas, de papel satinado, en 80., y la mayor parte de ellos profusamente ilustrados.

Tomos publicados: — Huxley. Introducción al Estudio de la Ciencia. Meunier. Historia del Arte. Dufour. Diccionario de las falsificaciones. Flammarion. Astronomía popular. Ferrière. El Darwinism. P. Paulhan. La fisiología del espíritu. L. Brothier. Historia de la tierra. En Prensa: P. Cecchi. Las Estrellas. Mahoffy. La Antigüedad Griega. Wilkins. La Antigüedad Romana. Serieux y Mathieu. El Alcohol y el Alcoholismo.

Obra nueva de esta Biblioteca: **A TRAVÉS DEL ESPACIO** por Camilo Flammarion.
A los precios marcados remitimos franco de porte en toda la República.
Dirigir los pedidos á la Casa Editorial de MAUCCI Hnos 6 Hijos—Rivadavia 1425—Buenos Aires

Imprenta "ROMA"

CABILDO 2262

Belgrano

Buenos Aires

Escuela Moderna

Secretaría: Olavarría 368

Funcionan las clases nocturnas en los siguientes locales:
Olavarría 363 los Martes y Viernes de 7 á 9 p. m.
Uruguay 115, los Lunes y Jueves á las mismas horas
Proximamente funcionarán otras en diferentes locales.

Esta escuela publica un Boletín Mensual que remite á sus asociados y se alla en venta en todos los Kioscos al precio de 0.5 cents.

Dirección Olavarría 363 — Buenos Aires.

AGENCIA INTERNACIONAL DE PUBLICACIONES Y CASA EDITORA DE ELVIRA FERNANDEZ

Buen Orden 1410

Buenos Aires

En esta casa se allarán en venta los siguientes Periódicos, de España: Tierra y Libertad, El Rebelde, Páginas Libres, Solidaridad Obrera, Boletín de la Escuela Moderna, Tierra de la Habana, Umanidad de Valencia, Salud y Fuerza de Italia: La Protesta Umana, La Pacea, La Alianza Libertaria, La Guerra Social, El Libertario, Il Pensiero, La Università Popolare, de Buenos Aires: La Mentira, Germen, Luz al Soldado, Luz y Vida, Via Libre, El Despertar y muchos otros, que no detallo por su extencidad; gran cantidad de folletos en Español é Italiano. Surtido completo en libros de Sociología. Se reciben suscripciones á la importante obra de Eliseo Reclus. El hombre y la Tierra. Gran depósito de libros de la Escuela Modernade Barcelona. Se encarga de conseguir libros de todas clases y actores.

Todos los pedidos deben venir acompañados de su importe

No olvidarse: BUEN ORDEN 1410

Del Temple

La consecución del hombre es el progreso. El progreso es evolución constante. La identificación del hombre con el progreso ó la adaptación del progreso al hombre, responde á una ley inmanente de la materia: continuidad infinita de movimiento.

La retroactividad es involución. La caída de una casa es una negación de la misma. No hay utilidad continuativa sin cesación.

El estancamiento es paralización. Muerte relativa. Aletargamiento.

La elevación integral del individuo consiste, no en seguir la corriente del progreso, sino en *hacer* el progreso.

La adaptación, está en el estancamiento.

La impotencia está en la retroactividad.

El progreso en el orden mecánico, por ejemplo, es la maquinaria pero sin el factor dinero. El dinero es complicación y el progreso, por el contrario, es simplificación. El dinero es un elemento de valor irreal, ficticio y por lo tanto no es susceptible de evolucionar. Tiene que desaparecer.

No hay ni puede haber evolución plena de progreso siempre que exista un factor previo. En todo caso ese factor previo demostrará que no se ha progresado en relación al tiempo transcurrido.

El hombre adaptándose á la situación colectiva, es un fracasado. Fluctúa continuamente. *Es* no debiendo *ser*.

El que se identifica con aquellas ideas que tienen su arranque en la más remota antigüedad, renuncia. Deja de *ser*. Es un parásito que espera su liberación en la anulación de su yo.

Ir con el medio ambiente es transigir por los medios para transar por el fin. Es flotar.

Ir contra el medio ambiente colectivo pero haciendo ambiente individual, es completarse. Y para completarse es necesario superarse.

La superación es imposible si se acata la moral vigente. La moral es un molde demasiado pequeño para la eleva-

ción intelectual del siglo que preconiza la supremacía del yo. No resta otro recurso que romper el molde.

Y á eso vamos.

A la restrictiva reacción oponemos la anarquía, es decir, la vida.

A la moral oponemos la vida, es decir, la anarquía.

No hay abismo que la necesidad no sondee. ¿Hay necesidad de vida plena? Pues vamos contra el régimen establecido sin pre-establecer otro.

El régimen natural de vida es la cumplimentación de la vida misma y por eso vamos hácia la anarquía, porque es insujección, inadaptación.

El orden social presente es un chaleco de fuerza aplicado al cuerpo vital.

La educación es una mordaza que impide el desborde de la expresión íntima de cada ser.

El cristianismo, un apagavela.... ó si se quiere más, un molde de piedra donde se ha vaciado el cerebro colectivo, atrofiándose por la falta de gimnasia.

Hay que romper el chaleco no dejándose llevar por la costumbre.

Hay que destruir la educación, educando frente á la vida.

Hay que gastar el cristianismo á fuerza de análisis.

Obrar.

No *decir*.

HORACIO B. ROSSOTTI.

La Plata.

Aquellos cantos...

Cuatro meses habían transcurrido sin poder Alicia abandonar el lecho.

Ah! mamá, yo moriré sin volver á levantarme; díjole una noche, cuando la primavera lucía sus primeras lunas, oyendo desde su lecho los cantos que las niñas del barrio entonaban en coro pasándose por la vereda; aquellos cantos, que ella tanto coreó en la infancia la desesperaban, trayendo á su mente el recuerdo de sus dichas idas.

Reconocía en las voces á las hermanitas de sus amigas y amigos que tanto tiempo hacia no había visto; todos se re-

tiraron de su lado, uno á uno, temerosos de contagio...

Y la pobre tísica, postrada en su cama, sin otra compañía que su anciana madre, pasaba los días en una profunda tristeza y desconsuelo.

— Panchita y Aurora, mamá, no vienen más á verme..., Tantos bailes y tantos paseos á los cuales fuimos juntas, tantos años compañeras de taller, tantos recuerdos malos y buenos, nada les induce á visitarme.... Que desgraciada soy!.. Yo no sé para que habré nacido, mamá, yo no sé.... Y con sus manos descarnadas se apretaba fuertemente la frente, como queriendo matar el recuerdo del pasado....

Alicia era cigarrera. Siempre se le veía, á las horas de entrada y salida del taller rodeada por un grupo de compañeras. Hablaba continuamente. Todas las demás escuchaban sus palabras con evidente atención. Redonda de cara, de senos, de cintura.... su carne atraía, despertaba las ansias, el deseo.... Qué hembra! oíase exclamar á muchos pasantes, algunos de los cuales se detenían hasta perderla de vista. Sus oídos recibían toda clase de lisonjas.... Se vió hermosa, y.... como las flores esparció su aroma para luego marchitarse.... Amó mucho, si amar puede considerarse satisfacer los apetitos á todos sus admiradores generosos....

Y rodó de lecho en lecho, pasando la mayoría de las noches fuera del hogar, donde su madrecita, la esperaba sin poder cerrar los ojos, mortificada por su conducta. Y al día siguiente la gresca se sucedía; pero nada.... ella volvía á faltar.

—¿Pero mamá, que te falta? ¿No tienes dinero bastante? contestábale continuamente. Y la llenaba de agasajos y regalos, todo lo cual contribuía á desesperar más á la pobre vieja.

Después, la noche fatal, la noche maldita. Tres días en la cárcel por contraventora al reglamento de la prostitución... tres días y tres noches por no querer acudir á la cita del comisario á una casa indicada... Cuando abandonó la cárcel, á la cama... con aquella tosecita que tanto la mortificaba y que nunca desaparecía.

En la calle, las niñas del barrio, coreaban una canción á la primavera.... Alicia, con la cabeza agarrada con ambas manos,

escuchaba.... Su madrecita, al lado de la cama, murmuraba sus quejas en continuo rezongo....

MARCOS FROMENT

Montivideo 1908

EL ILUSO

Era sorprendente el cambio que aquella pasión había producido en el carácter de Daniel.

El comprendía y se daba cuenta de ella cada vez que entraba en su cuarto. Mientras andaba por la calle y se relacionaba de algún modo y directamente con el mundo externo, en su alma vibraba continuamente la cuerda de la alegría.

Más en cuanto entraba en su cuarto, la austeridad de él, el alma de las paredes y de los objetos, aquella alma que él les había dado identificándolos con sus estados de espíritu anteriores, le invadía ahora nuevamente, invitándole á la soledad y á meditación; y en la imaginación de Daniel surgía cada vez más poética, con más bellezas de las que le había encontrado antes, aquella vida interior, de meditación y de estudio, exenta de las preocupaciones vulgares y alejada del trágico de la vida rebañesca que deprime las cualidades más nobles.

Nunca en aquel su grave y austero cuarto había reído, ni siquiera había estado alegre; cada vez que allí había vibrado alguna cuerda sensible de su alma, esta cuerda había sido siempre la melancólica ó la trágica, nunca la de la alegría. Era uno de esos seres cuya alma es un infinito, que siempre anhelan, y cuyas aspiraciones se suceden interminable y eternamente, buscando siempre un "más allá" confuso, que tanto más alejado aparece cuanto más próximo se le empieza a ver.

Era, en suma, uno de esos hombres que "viven para dentro". Así había vivido

Daniel desde los doce años hasta los veinte y tres, rodeado de libros, de silencio y de soledad. Más ésta vida no podía seguir así sin interrupción ninguna. Había leído en sus primeros años algunas novelas, y ellas dejaron en su alma un fondo de poesía erótica, al lado de una platónica adoración por la mujer. Luego, ésta parte de su sentir quedó aislada, merced á nuevas direcciones, y preocupaciones de su espíritu. Sin embargo, cada vez que veía una joven, sobre todo si era bella, se despertaba y salía á la superficie, haciéndole sentir el ansia de amar y de ser amado. Se defendía del teatro y de las lecturas de novelas precisamente por eso; pues, cada vez que veía algún drama ó leía alguna novela, por largo tiempo ese deseo le seguía agujoneando, y turbaban su sueño las imágenes de las protagonistas.

En semejantes estados de ánimo, más de una vez renegó y maldijo no tener relaciones para poder atender á eso que él comprendía era la voz del instinto, poetizada y adornada por su imaginación esquisita y su más esquisito sentimiento.

Y aconteció que una circunstancia fortuita le puso en relación con una joven que en cuanto á belleza física llenaba todo su ideal. El dueño de la casa en que el vivía, la vendió á una familia de la clase media, que se instaló en ella tan luego como la hubo comprado. Entre esta familia y perteneciente á ella, vino la joven en cuestión. De modales graciosos, muy educada, sabía observar muy bien las reglas de la cultura y de la estética, lo que hizo á Daniel presumir que no desarmonizaría mucho con su ser moral.

Hoy unas simples frases, mañana un rato más largo de conversación, abrieron á ambos el camino para llegar á la intimidad. Por más que escudriñaba, Daniel no lograba ver en ella más que á la señorita bella, muy bien educada, que sabe guardar muy bien las reglas de la

cultura y aún las de la estética. El fondo, su carácter psíquico, no lo descubría por ningún lado: dormía, abrumado por el peso de la fórmula.

En tanto, la pasión de Daniel empezó á esbozarse y á crecer rápidamente. Por su género de ocupaciones, él se pasaba la mayor parte del tiempo en casa, y ella todo el día. Así, desde su mesa de trabajo la veía ir y venir por el patio de un lado para otro, esbelta y sonriente siempre. Llena de gracia, de salud y de vida. Y Daniel llegó hasta descuidar, no solo su trabajo voluntario, sino también el escaso que realizaba forzado para ganarse la vida. Estaba atento, mirando siempre al patio, temeroso de que ella pasara sin que él la viera.

Grande fué la contrariedad que experimentó Daniel al saber que su ídolo era poco afecta á toda clase y género de lectura, y que no solo manifestaba indiferencia sino hasta cierto desden por las cosas del espíritu. Esto, no obstante, no le desanimó. Confió en su fuerza y empezó encarnizadamente la tarea de cultivar su espíritu. Se entretuvo horas y más horas hablando de problemas generales; hizo un derroche de argumentos para mostrarle la belleza, la grandiosidad y la utilidad del arte, de la ciencia y de la filosofía. Ella no le contradecía, pero le decía "sí" sin pasión, con una fría indiferencia que dejaba helada el alma ardiente de Daniel.

Sin embargo, cuando Daniel llegó á la sociología y empezó á manifestarle sus ideas al respecto, ella las tachó enseguida de absurdas, y experimentó una enorme contrariedad al saber que él era anarquista. Todo lo que hizo él por convencerla de la bondad de sus ideas, el derroche de argumentos y de elocuencia, fué inútil.

Contrariado y abatido, Daniel no perdió la esperanza sin embargo y, arre-

gando inconscientemente su pensamiento á sus conveniencias, pensó que eso era secundario y que vendría después, cuando se acostumbrara á estar con él y, por reflejo, empezará á vivir algo de la vida de su alma.

La fibra erótica, dormida hasta entonces se despertaba ahora con empje avasallador, con ímpetus indomables, y á su incesante vibración, todo el resto del yo enmudecía; pronto invadió todo su ser emocional y pensante, y Daniel no vió el mundo más con aquella austera gravedad que lo viera antes. En todas las cosas y objetos veía algo de galano, un no se qué de alegre y riante. Y él también veía, algunas veces con risa muda é impasible, pero siempre risa interior que en el interior permanecía cuando no tenía ocasión de manifestarse al exterior por sonidos, por gestos ó por signos.

Su habitación, de austera la transformó en galana y hasta lujosa. Esa pasión supeditaba de tal modo á ella la inteligencia, que ni siquiera le permitió darse cuenta de la potencia emocional que él tenía.

Antes había sentido cierta aversión por el baile, y por darle gusto á ella aprendió á bailar y llegó á estar pendiente, anhelante, de la realización de ellos. Las reuniones de salón, el vestir elegante y á la moda, que antes le parecieran cosas de los vulgares y los mediocres, solo por que á ella le gustaban, por complacerla llegó á transigir con ellas.

En realidad, no era ya un hombre: era una máquina de carne movida por una pasión que dirigía á su antojo una mujer.

Más, esa situación no podía durar eternamente. Una tarde, una tarde en que la naturaleza entera parecía reír y el canario y el ruiseñor desde su jaula llenaban el espacio de sonidos, ella entró en

el cuarto de Daniel, que leía, no libros de filosofía, sino de versos. Se sentó á su lado, y él leyó en alta voz, por leer para ella.

Hasta entonces no se había animado á manifestarle todo lo que pasaba en su pecho. No había pasado de las declaraciones vagas é imprecisas, que no dan seguridad de nada, que no son, en suma, más que indicios probables.

Pero aquel día, exaltado por la presencia de ella y la lectura de los versos, se animó y la hizo una declaración completa, acompañada de planes de vida y todo.

Ella le escuchó, atenta y muy tranquila. Cuando hubo terminado, le dijo que él no la disgustaba; que desde el primer día le había sido muy simpático etc., y que solo había un obstáculo para que pudieran entenderse, y que el tal obstáculo eran las ideas anarquistas que él tenía.

Daniel le dijo que en modo alguno eso podía ser obstáculo, por que él no se las impondría. Pero ella le objetó que tales ideas, á más de exponerle constantemente á las furias policiales, constituían un obstáculo insalvable para el éxito.

Se entretuvieron largo rato así, discutiendo. Daniel le pintó la belleza y la sublimidad de su actitud, que despreciaba los éxitos de sociedad por trabajar por lo que creía bueno. Más ella no se dió por convencida, y terminó diciendo, secamente:

—Mientras no abduques de tus ideas, no esperes nada.

Estas palabras, dichas así tan secamente que demostraban una resolución inquebrantable, produjeron un recio choque en Daniel. Este choque despertó su ser moral, y entonces comprendió la mezquindad de alma de su ídolo.

Violentamente se puso de pié, y dijo con gesto fiero:

—¡No; eso no lo esperes por que no lo conseguirás nunca!

Ella se levantó, abrió la puerta, y envolviendo las palabras en un mohín sarcástico le dijo:

—Oh, el iluso!

Rápidamente cerró la puerta y desapareció en la curva del patio.

El ruido de sus pasos, siguió por largo rato resonando en los oídos de Daniel como una carcajada, envuelto en el mohín sarcástico y en aquellas palabras: "Oh, el iluso!"

Pronto las tendencias diversas de su ser que antes permanecían ordenados se desordenaron, y en su alma se desarrolló una sorda y feroz batalla. El, estenuado, sin voluntad é incapaz de coordinar una idea, se tumbó en la cama. Allí permaneció largo rato en un estado de fiebre horrible, convertido todo su ser en un volcán.

Un gran cansancio lo invadió pronto. Y entonces sus ojos, al girar, chocaron con el retrato de Kant, que parecía mirale impasible, con una augusta serenidad reveladora de la profunda paz de su alma. Cuánto tiempo hacía que no detenía su ojos en aquel retrato!

El mal—pensó entonces Daniel, calmado un tanto—no está en tener pasiones, sino en dejarse dominar por ellas. No hay que abdicar jamás de la supremacía de la inteligencia. Lo que ella vé que es mejor, aquello es lo que hay que hacer.

Luego pensó en la mujer aquella que le acababa de dar con la puerta en las narices, y al dibujarse en la imaginación su imagen, su fibra erótica sintiose dolorida, unióse á la ya fuerte fibra melancólica, y las lágrimas corrieron abundantes por las mejillas de Daniel.

Calmado con ese llanto, quedose profundamente dormido, los labios contraídos en una mueca de profundo desprecio, como desafiando al mohín sarcástico con que

la vulgaridad pretendía castigar su altivez y su fortaleza moral.

MAXIMO ARACEMI

Escenas de la miseria

El enfermo se moría lentamente; el rudo golpe que recibiera al ser despedido del brioso corcel que pretendió domar, le había producido lesiones internas de alguna gravedad; estuvo varios meses en cama, pero como su situación no le permitía el lujo de llamar á un médico hubo de recurrir á las medicinas que la naturaleza pone al alcance de todos, remedios caseros, que como el decía, "sino hacen bien tampoco hacen mal". Se equivocaba; estos no lograban nada y el mal iba haciendo progresos. Su organismo debilitábase paulatinamente, la palidez marmorea de su rostro y una tosecilla seca é intermitente indicaban que esa existencia tocaría bien pronto á su fin. Estaba tísico.

Repetidas veces se había llamado al facultativo, pero éste, aunque nunca se negó rotundamente á prestar sus servicios, nunca concurrió tampoco junto al lecho del moribundo. Demasiado sabía que si no concurría era por la miseria que en ese hogar reinaba; mientras tanto él se moría y la ciencia, que debiera estar al servicio de toda la humanidad sin distinción alguna, permanecía sorda al llamado de quien en sus postreros momentos la solicitaba.

En el rancho del infeliz domador todo era tristeza; desde el día de la desgracia nadie se preocupaba ya de las faenas diarias; por un lado, un rebenque tirado, por otro unas riendas; hasta el hermoso tirador plateado que tantas veces luciera *el muchacho* en las carreras permanecía olvidado en un rincón como prenda inútil; todo era desorden, confusión. Faltaba el alma de la casa y si moría demasiado sabían lo que había de ocurrir. Muerto el sostén de la numerosa prole el patrón del campo intimaría el desalojo, pues les sería imposible continuar pagando y ante esos tristes presagios se hacía necesaria la salvación del viejo

para que este á la vez salvara la situación.

Así fué que Juancito, el único retoño varón, manifestó á la madre deseos de volver á llamar al médico: "tata se muere, vieja" le dijo "voy á llamar al doctor" y uniendo á la palabra la acción se dispuso á ensillar el alazán de su padre "Ve hijo mio", objetó la madre, "dile que venga, que tu padre se muere; de paso, llégate á casa del cura del pueblo y le dices que venga á administrarle los últimos..." "¡Madre! respondió el chico ¿para que el cura? el médico es lo que hace falta y ¡yo lo traeré!" En sus últimas palabras había algo de trágico y amenazador.

Montó á caballo, castigó con energía una, dos, veinte veces los flancos del alazán y momentos después se perdía de vista en los confines de la inmensa y verde llanura, rumbo al pueblo.

"¿Vendrá?" fué la breve pero bien significativa pregunta que la madre dirigió á su hija, una linda morocha como de unos 18 años, de ojos negros y penetrantes; de cabellos lacios y negros que caían sobre sus espaldas como hojas de cipreses. Esta no respondió; gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, se limitó á dirigir sus lindos ojos hacia el punto donde momentos antes perdiérase de vista su hermano.

"Allá vienen mamá" dijo de pronto señalando con la mano un punto lejano del horizonte. En efecto hacia aquel punto se levantaba una polvadera: un caballo galopando junto á un *tilbury*, y "agregó, "¡son ellos!"

Se apresuraron á arreglar como mejor pudieron el interior del rancho, como si trataran de ocultar á la vista del doctor la espantosa miseria que los aniquilaba.

El enfermo pareció reaccionar, por un instante conversó con los suyos aunque con voz apenas perceptible; pero sin fuerzas ya, volvió nuevamente á reclinar su cabeza orlada de una larga y renegrida melena, sobre la sucia almohada. Sentóse la criollita á los pies del catre donde su padre agonizaba y rompió á llorar silenciosamente.

Entró el doctor, miró en torno suyo y como obedeciendo á una fuerza que lo impulsara hacia atrás, retrocedió unos

pasos. ¡Es muy repugnante la miseria! Pero, cuando sus ojos se encontraron con los de la gentil y triste hija del paisano se acercó al lecho del moribundo al tiempo que ésta alzando la cabeza, decía "¡sálvelo doctor!"

"No lllore joven, su padre curará" dijo este.

La mujer del paisano se había retirado; el médico dirigió en torno suyo la vista y obedeciendo á esos impulsos propios de bestias, olvidando que había llegado á ese rancho con la misión de dar vida á un moribundo, gestó una nueva vida en el vientre virgen de la morocha; el moribundo alzó lentamente la cabeza, sus ojos desmesuradamente abiertos contemplaron la escena que á sus pies se desarrollaba, quiso alcanzar con su brazo el puñal que colgaba de su cabecera pero no pudo; le faltaron las fuerzas y se desplomó pesadamente profiriendo esta palabra ¡¡Canalla!! Estaba muerto.

Afuera contaba el hijo á la madre como había conseguido hacer venir al médico "Venía hacia el lado que yo iba dijo, un señor muy bien vestido, de seguro un *pueblero rico*, debe tener mucha plata, me dije, y pensando que en casa no había y que si la robaba podría conseguir que viniera el médico, me acerqué á él le pedí un fósforo y al tiempo que me alargaba la pipa para que encendiera, le clavé mi facón; solamente así podía conseguir que viniera el médico á salvar á mi padre".

¡Señora! Ya no hay nada que hacer, dijo el médico, saliendo del rancho, la ley de la Naturaleza se ha cumplido. Su esposo ha muerto, y muere por vuestra culpa, por las porquerías que le habeis hecho beber para curarlo. Le habeis envenenado. Y subió rápidamente al *tilbury* partiendo á escape hasta perderse de vista en los confines de la verde llanura.

Al día siguiente cuando se disponían á dar por terminada la luctuosa tarea, dos gendarmes llegaban al rancho en busca del chico, que al decir de un testigo era el matador del conocido comerciante inglés N. N. del vecino pueblo.

Y, mientras por un camino partía len-

ta y pesadamente el carro fúnebre que conducía el cuerpo del domador al cementerio, por el otro como corolario á todas esas infamias, era arrastrado y conducido á machetazos el hijo del paisano, á quien la miseria había hecho asesino.

FLORENTINO GIRIBALDI.



UNA LOCA

Diógenes buscaba un hombre! ella una mujer. No había conseguido ni amigas, ni madre. ¡Su madre!

Era como todas. Incapaz de romper de sí el yugo que doblega la voluntad ante los prejuicios de las razas y de los tiempos. Había preferido abandonarla.

Así, errante, con el dolor esculpido en la frente, allí también la altivez y en el corazón el amor al ideal; porque el otro amor no había querido consagrarlo á ningún hombre.

Era, para ella, demasiado grande demasiado puro, para verlo profanado por un acto cualquiera de la pasión carnal que los embrutece.

Fue así como cosechó mucho odio y dió mucho... para vivir.

Dió lo que ella avaluaba más que las que la guardan, para negociarla á mejor precio á la oportunidad.

La honra en el matrimonio.

Triste como siempre y con hambre, regresaba esa noche á su cuarto Nada.

No había querido darse, sentía repugnancia...

Sin embargo era el segundo año de esa vida.

Algo inmensamente profundo, hablaba en ella.

No era la moral, ni la religión....

Trágico como un ocaso de aquellos que tienen con franja sangrienta el lejano horizonte.

Aquello era algo que sentía le faltaba, cuando se anudaba su garganta y lagrimeaban sus ojos.

Era el sentimiento, que despertaba del letargo, en que se había sumido desde aquel fatal momento que contempló ante el espejo sus palpitantes carnes, inmaculadas, estremeciéndose bajo la influencia viril de sus brazos que le daba vida, reclamándole el sacrificio!

Lloró.

¡Sentía al fin el sopor del llanto!

Así entró a su miserable cuartucho.
¡Qué obscuridad, que angustia, que noche terrible de insomnio!

Siempre meditando.

Diógenes no halló el hombre.

Un loco.

Ella no halló la mujer.

Una loca.

Habría quizás hallado una hermana.... de caridad, pero era necesario descender aún más la sociedad auxilia á la laera.

Así circunscripta, por la miseria al robo; por el robo á la cárcel; por la cárcel á mayor olvido y por la vida al valor, optó por el suicidio.

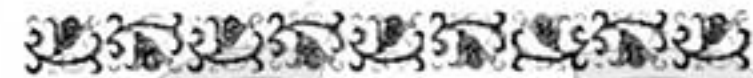
Se mató.

Oí decir que poca cosa se perlió!

¡Una loca...! ¡Una ramera...!

Más vale el insulto soez, que la reflexión profunda.

MARIO ALDAO.



Escorias Sociales

Una larga y nutrida salva de atronadores aplausos resonó en la espaciosa sala del *Café Chantant*, aplausos prodigados por una multitud heterogénea, cuyo único punto común y de contacto consistía en el deseo más ardiente y en el apetito más desenfrenado de la más denigrante de las pasiones.

La gangrena del vicio corroyendo con sus fétidas emanaciones á una multitud abigarrada, verdadera escoria social, se presentaba allí con su horrible y repugnante desnudez.

De capitalistas y empleados, de estudiantes y obreros componíase ese público que prodigaba aplausos á una infeliz criatura humana, que allí semi-desnuda, sobre el tablado, con voz que descomponía los tímpanos y unos gestos bestiales y desacompasados deshacíase en piruetas y contoneos, contoneos y piruetas seniles premeditando pública excitación sensual.

Dos asiduos concurrentes al teatro comentaban en alta voz y delante de mí, la historia de la actriz..... Una historia como la de muchas jóvenes obreras, una vida de trabajo, de privaciones.. de ayunos

prolongados.... después.. el seductor que pasa..... el amo que premedita en la impunidad, y aguarda una época precaria para formular su proposición, exigiendo á trueque del negro y escaso mendrugo ganado con creces, y fermentado con sudores y fatigas, satisfacción á sus apetitos desenfrenados de parásito que necesita cebarse en cuerpos vírgenes, amenazando una negativa con la más desesperada y fiera miseria, con sus negras y fatales consecuencias; luego para ella lo inevitable muchas veces... el hijo.

Un hijo que, en lugar de hacer la felicidad de la mujer-madre, ennegrecele el pensamiento la idea de su bastardía, de su ilegitimidad de origen que obligará para siempre á aquella inocente criatura á bajar la cabeza ante el mundo que lo señalará con el dedo llamándole hijo... de... mala madre. No; ella no era mala madre ¡qué había de serlo! si su corazón latía con violencia al estrechar contra su pecho á aquel hijo causa involuntaria de su deshonor, si por su cuerpo corrían estremecimientos desconocidos y sensaciones extrañas, al estrujar en amorosos transportes aquel ser, carne de su carne, sangre de su sangre, si sentía todo el cariño, todo el acopio amoroso de su sér... Y el mundo ¡oh! el mundo, señalábala con el dedo como alimaña de la cual hay que alejarse, y evitar todo contacto.

Y ella, la infeliz madre quería trabajar, trabajar mucho para su hijo, trabajar para que aquel cacho de gloria no sufriera privaciones y fuera feliz y por su cerebro afebrado pasaba como chispazo la idea de llegar hasta el sacrificio si este fuera necesario para la adquisición del mendrugo necesario para su subsistencia, y serían hasta felices, sí, felices en su desgracia, en su abandono.

Pero ¡ah! que la sociedad tiene leyes impuestas por los hombres y prejuicios impuestos por la ignorancia.

La pobre joven á solas con su dolor y su hijo en vano corría la ciudad que ante su *deshonra* mantúvose indiferente, y ahora negábale el albergue. En vano recorrió fábricas, en vano rogó ser admitida como servidumbre, aunque solo fuera por el indispensable mendrugo... Nada.. todo inútil. La sociedad escandalizada...

arrojábala de su seno y entonces ella con su hijo en brazos empezó á *subir* el calvario de la vida, á *descender* hasta el muladar innoble.

En su virgen y antes noble corazón empezó á germinar un odio intenso que pedía venganza con gritos impotentes de bestia acorralada.

Poco tiempo después presentóse con su cuerpo de Venus sobre las tablas del *Café Chantant*.

Sus gritos desacompasados que herían mortalmente las fibras de la estética y sus gestos rabiosos é insultantes eran recibidos ¡oh poder de los contrastes! entre aplausos y gritos de entusiasmo venal por esa burguesía causa de su desgracia.

Ahora se vengaba; con la mercancía de su cuerpo ofrecido como en pública subasta al mejor postor, con el producto de sus caricias lascivamente frías tenía alimento para su hijo, para aquel hijo á quien ella se encargaría de inculcarle desde pequeñuelo el odio y la venganza hacia una sociedad que corrompía lo único verdaderamente incorruptible. El Amor.

Por eso que sus miradas provocativas, sus gestos groseramente incitantes que eran interpretados como ardientes preliminares de un fogosísimo poema sensual no eran más que groseros y despreciativos gestos insultantes. Podredumbre por podredumbre.

Sí; ella empujada hacia el inmundo cieno del vicio, revolcábase en su fétido lodazal con ímpetus de rabia de fiera, absorbiendo la mayor cantidad, posible de infecto lodo, para después herir con sus putridas emanaciones á sus verdugos á los causantes de su degradación como mujer y como madre. Por eso ahora destrozaba con sus besos y abrazos fortunas que derrochaba en insultante y provocativo lujo y al verla sobre el tablado recordé ¡ay! sin quererlo, aquella Naná de Zola, aquella *mosca de oro* que desde el estercolero del vicio remóntabase en un vuelo hasta los lechos burgueses que la citaban é inoculaba envuelta en banal caricia y en lascivos besos la podredumbre que la sociedad había amontonado en ella. Podredumbre por podredumbre.

Aquella sociedad de moral acartonada

que no paraba mientes arrojando á la *mujer* al lodazal del vicio, admiraba con admiración bestialmente neurótica y deseaba sentir y disfrutar con ardiente vehemencia el espasmo producido por las marmóreas y alabastrinas carnes pletóricas de vida incitantes de placer.

Aquellos morales burgueses que en las congregaciones religiosas se desataban hipocritamente en improperios y denuestos contra la mujer desamparada y caída, allí en el salón del *Café Chantant* sacaban á relucir sus apetitos desenfrenados.

Aquellos moralistas á lo San Alfonso de Ligorio, tan *puros*, tan *castos*, grababan allí donde no hay estatutos y reglamentos que rigieran sus acciones y deseos, el reverso de la medalla social. Sí, allí en medio de los aplausos prodigados ambicionando la posesión de la mujer *hembra* mostrábase en su desnudez la Bestia Humana.

El *espectáculo* termina, quedo rezagado en el salón y veo á poco á la *fulana* aplaudida poco antes marchar al encuentro de un *espectador* que entre los aplausos hábale hecho ciertas significativas señas.

Buenas noches viejecito! murmura apenas lo encuentra y se coje á su brazo ¿no me llevas á cenar? — ¡como nó! vamos... y ambos cojidos del brazo entre sonrisas y frases sugestivas salen á pequeños pasos del salón desfilando bajo las interrogativas miradas de la multitud.

Son las doce de la noche; la calle poco antes concurrida iba quedando desierta.

Únicamente de vez en cuando sentíase el campaneó de los tranvías al doblar la esquina y el portazo de cerrada de las casas de comercio, y nuestra pareja, juntitos los dos marchaban en dirección al Royal Hotel punto de reunión nocturna de los *divetes* y *cocottes* con sus amantes... de ocasión.

Sentáronse en una apartada mesa y dieron principio á una succulenta cena.

Ella pedía... pedía como sastre que conoce el paño y el rumbo del comprador pedía manjares de los más diversos y vinos en abundancia... y de los más caros. Allí en término de media hora destrozó entre sus dientecitos de nácar, vituallas,

que, con su valor, una numerosa familia proletaria pasaría una semana.

Concluida la cena y una vez que él hubo satisfecho el importe salieron del local retirándose, despacio muy despacio; sus siluetas iban esfumándose poco á poco bajo la luz de los faroles que de trecho en trecho proyectaban su sombra en las paredes cada vez más lejanas de la solitaria calle.

Yo caminaba pensativo y cabizbajo cuando en el resquicio de una puerta una mujer, un bulto informe cubierto de harapos, que dormitaba el sueño de los desheredados, de los sin hogar me detiene. Contemplo aquella faz cubierta de arrugas, cuyas mejillas contraídas exteriorizaban un sin número de privaciones y ayunos y en mi imaginación cruza ¡ay! rápida y semidifusa la imagen de la *otra* de la poco antes aplaudida saliendo del Hotel y perdiéndose poco á poco en la penumbra.

ARNALDO G. E.

Mis amigos!...

Era una noche de invierno extrañamente mágica.

Noche de glacial viento y tristezas, como un recuerdo de la infancia en la más amarga miseria.

Noche llorosa. Amiga cruel de los caídos en el infortunio.

Oh! las noches sin canciones!

Las lúgubres noches sin luna, sin idilios, sin Julietas, sin Romeos! Las noches nostálgicas y pesadas!

Las horribles noches enfermas!

Cuán tristes son! Cuán profundamente dolorosas son!

Encerrado en mi destartada y mísera habitación; munido de un sobresalto inusitado y, con un ahondado dolor en el alma emanado por dulces recuerdos de mi infancia azul; clavadas las pupilas sobre el impoluto papel, sin ocurrírseme idea alguna, las horas huyen con la velocidad furtiva de una película cinematográfica.

Y la noche infame llora. Lloro sobre los mortales y las cosas, sus tristezas infinitas.

Una fuerte y localizada neurálgia craneana me anonada terriblemente. Un grillo fanfarrador, en un ángulo de la habitación, el entona desdichado su monótono y prolongado monocorde.

Fuera el viento ora crece, ora declina, ora suena bronco, parece que preludiese en su gran instrumento de magnas cuerdas incorpóreas, todas las raras, las extrañas músicas de un trágico violon.

Afuera: la suprema y augusta danza de las cosas macábricas; en mi interior: la tristeza y el dolor: la irreconciliación...

A interminancias me parece escuchar una voz hermana, acariciante y argentina, producida no sé por qué flauta de oro, rondar suavemente, alegremente por mis oídos, insistiendo gentilezas de enamorada: palabras extrañas y melódicas.

—Será Niní; mi adorable prometida ¿Será ella?—me digo.

Y miro: Miro con la salvaje curiosidad de un furtivo salteador por la entornada ventana al inmenso patio lúgubre, sin precisar nada, sin distinguir forma humana alguna. Solo descubro á intermitencias, ayudado por los latigazos lumínicos de los relámpagos, las afeminadas curvas de las elegantes cañas de la India que el viento hace genuflexionar...

Vuelven mis mortales ojos á las tranquilas carillas y nada aún se me ocurre escribir; y, sin embargo, algo hierve en mi interior, algo se agita como una protesta de amor, de cariño, sin válvula que le permita exteriorizarse.

Y pienso nuevamente en la humana como extraña voz acariciante y argentina. Pienso, pienso.

Estaré alucinado? Imposible! Mis ojos ven. Ven con esa claridad de agonizante iluminado por la razón de la muerte. Mis oídos escuchan. Las arterias amartillan sin cesar. El corazón ¡oh, mi corazón! cuál batuta de músico caprichoso, marca compases rapidísimos y continuos. ¡Imposible! Yo no sueño; vivo en la realidad. Esa voz es verídica, real, como lo inaccesible, como todo lo impalpable...

Mientras este diálogo entablaba con mi mismo, el viento afuera, reía á grandes y metálicas carcajadas, como fuerte viejo arlequinesco, como un desgraciado

idiota que trata con divertirse en su polichinela.

El sueño con sus invisibles, cálidas y suaves manos, empieza á acariciarme. El humo blanco del cigarro elevase horizontal, rítmicamente con mis imaginaciones formando en la extremidad una como orquídea japonesa que se evapora al menor movimiento de mis epilépticos dedos...

El sueño insiste. Torna otra vez, ora en forma de grande mariposa gris á agitar sus tenues alas sobre mis cansados párpados. Tornanse los objetos de la estancia opacos é inquietos...

Oh! el dulce y tranquilo sueño! Reposo agosto de las grandes almas vehementes y justas,

Oh! el sueño! El sueño eterno de los mortales...

La anémica inspiración exhortando mi crisiaca circunstancia de imposibilitado para revelar lo que hay de soñoliento en mi interior, hace que un gran esfuerzo nacido de lo más hondo me estremezca como un gran pájaro herido; y, todo mi cuerpo empieza á violentarse. Un desconocido sacudimiento de nervios afiebrados por el deseo de lo muelle y cómodo, me traslada, casi maquinalmente, al lecho donde me dejo caer como un anciano vencido por la tisis.

Desde la cama mis ojos entristecidos por la impotencia, dan el postrer adiós á las abandonadas carillas, con ese silencio místico y turbador del amante que siente la profunda separación de su prometida á quien no ha podido depositar sus quejas...

Luego un ensueño dulce, triste lleno de enseñanza.

Y soñé: Soñé que al pié de mi lecho transformado en triclinio de alabastro y oro, estaba en rígida actitud una mujer de formas perfectas, como una diosa olímpica. De lengua y negra cabellera desgredada artísticamente en forma de abanico sobra sus marmeleñas espaldas. De voz acariciante y argentina, como écos de una flauta de oro. Irguiendo su robusto y torneado brazo me señaló al fondo de mi habitación que parecía ha-

berse extendido, y, me idjo con la gracia de una tierna madre, de una amorosa hermana:

—Mira y juzga.

Miré: Y vi sobre el fondo móvil como nubes inquietas de un grisáceo cielo, una como interminable película que pasaba veloz reproduciendo escenas vulgares de la vida.

Vi, entre las múltiples siluetas, una análoga á la mía, yo mismo, que erguido sobre una gran mascarilla fea, muy fea, como vision espectral, ostentaba entre mis brazos un gran espejo circular con marco de delicada engarzadura serpenteante de oro y marfil.

En mis ojos abiertos desmesuradamente oscilaba una tristeza irónica, familiar talvez, para aquellos que saben de gestos.

Al frente de mi estóica estampa, á pocos centímetros, un núcleo de jóvenes lampiños, de flotantes corbatas negras, de luengas melenas y sombreros amplios y flexibles, hacían contorsiones ridículas, muecas quijotescas, payasadas imbéciles, contemplándose en mi grande y circular espejo que parecía algo de mi mis-

mo: como si naciera taladrándome el pecho.

Entorné los ojos para ver mejor, quise observarlos á manera de ínfimos táxtiles y, oh! falacia humana! reconocí con gran dolor mio, que aquellos pequeños quijotes, que aquellos arlequines, que aquellos hombres lampiños, de flotantes corbatas negras y de luengas melenas, eran mis íntimos amigos del «café»...

—Has visto? — me interrogó con voz tremolante y suave mi bella Hada.

—He visto — repuse sin salir de mi inusitado asombro, pero convencido de lo verosímil y simbólico de aquella triste escena.

Y aproximándose á mi, el Hada me arrulló con vehemencia entre sus brazos, Depositando un prolongado y sonante beso sensual sobre mi mustia frente, me despertó á los mundos de las siempre variadas realidades, al mundo de los tartufos y lisiados del amor.

J. FRANCISCO PALERMO.
(Hiperboreo)

1907.

